

A N D R E A H . J A P P

LA
CRUZ
DE LA
PERDICIÓN

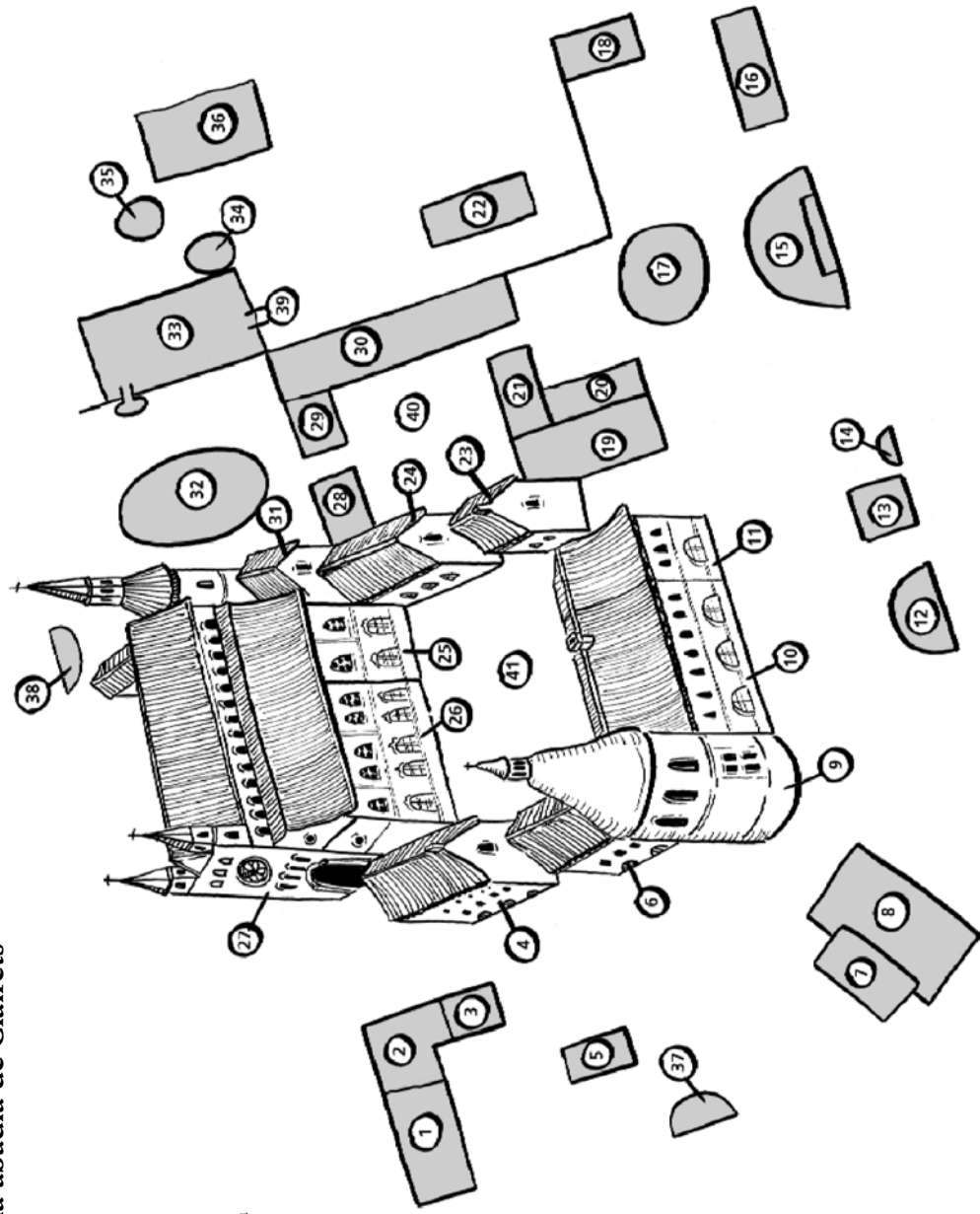
Título original: *La croix de perdition*
© de la edición francesa por Calmann-Lévy, 2008
31 rue de Fleurus. 75006 Paris

Primera edición: 2011

© traducción: M.^a Elena Toro Benítez y Cristina Fernández Orellana, 2011
© de esta edición: Bóveda, 2011
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-939126-2-8
Depósito legal: M-XXXXXXX-2011
Impresión: Dédalo Offset, S. L.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Plano imaginario de la abadía de Clairets



1. Caballerizas
2. Hospedería
3. Locutorio
4. Bodegas
5. Dependencias de la priora y de la supriora
6. Despensa
7. Palacio abacial
8. Terrazas y jardines de la abadesa
9. Cocina
10. Refectorio
11. *Scriptorium*
12. Muladar
13. Hornos y panadería
14. Portalón de los Hornos
15. Jardín medicinal y *barbarium*
16. Gallinero
17. Huertos
18. Establo
19. Noviciado
20. Hospicio
21. Morgue
22. Lagar
23. Escalera que conduce al dormitorio de las monjas
24. Baños y calefactorio
25. Relicario
26. Biblioteca
27. Iglesia abacial de Notre-Dame
28. Capilla de Saint-Augustin
29. Lavadero
30. Enfermería
31. Sala capitular
32. Cementerio
33. Claustro de La Madeleine
34. Capilla de La Madeleine
35. Dependencias de la priora
36. Colmenar
37. Portalón Mayor
38. Portalón de los Lavaderos
39. Pasaje
40. Jardines de la enfermería
41. Claustro de Saint-Joseph

NOTA

Los nombres propios y comunes seguidos de un asterisco se explican en el glosario y en el apéndice histórico que se encuentran al final del libro.

MONJAS PRINCIPALES

Plaisance de Champlois: madre abadesa.

Hermione de Gonvray: la antigua apotecaria.

Aude de Cremont: tesorera.

Barbe Masurier: cillerera.

Élise de Menoult: ropera.

Adèle Grosparmi: secretaria de la abadesa.

Clotilde Bouvier: monja encargada de organizar las comidas y la cocina.

Agnès Ferrand: portera.

Rolande Bonnel: depositaria.

Adélaïde Baudet: supervisora.

Marguerite Bonnel: hospedera.

Henriette Masson: novicia.

Suzanne Landais: maestra de novicias.

*A H el ene Amalric...  Queda muy, muy
lejano...!*

*22 de julio de 1209, Béziers**

UN MILAGRO. PARA ARNAU AMALRIC*, ABAD DE Cîteaux, ya no cabía la menor duda: Dios estaba de su parte. La fortuita concatenación de acontecimientos así lo atestiguaba. Era irrefutable.

Era un milagro, una serie de milagros. Horas antes, los ribaldos¹ traspasaron la muralla de la inexpugnable ciudad, provista de suficientes víveres para resistir el largo asedio de los cruzados, dificultado por la abierta hostilidad de las poblaciones vecinas. Jamás habrían conseguido penetrar en la ciudad sin una intervención divina. Algunos de sus habitantes, dejándose llevar por el entusiasmo de saberse al resguardo en su posición fortificada, tuvieron la funesta idea de salir del recinto para mofarse de sus enemigos, quienes rápidamente aprovecharon la ocasión para infiltrarse por la brecha, seguidos de la caballería. Daba comienzo la caza.

¹ Soldados de infantería que precedían a la caballería y cuyo comportamiento hizo que su nombre se convirtiera en un insulto.

Escortado por tres soldados, Arnau Amalric dejó atrás la torre Ventouse. Al paso lento del corcel, bordeó la muralla del recinto en dirección a la iglesia de La Madeleine. Gritos, gente corriendo en todas direcciones, chocando a veces con su caballo, alzando sus desesperados rostros hacia él, profiriendo súplicas o insultos que no comprendía, portando armas improvisadas, azuelas², picos³, podaderas, etcétera, sin osar atacar a un representante de Dios. Él los oía; apenas los veía. A lo lejos, hacia el norte, se hallaba extramuros la catedral de Saint-Nazaire. Una mujer gritaba entre sollozos, levantando al pequeño que llevaba en brazos, suplicando a Arnau que les perdonase la vida, jurándole que ambos estaban bautizados en la Santa Fe y no se habían descarriado. Él le sonrió como si estuviera en un estado de ensoñación y murmuró:

—Hermana mía en Jesucristo, no temas pues. Él te ama y jamás te abandonará.

Uno de los escoltas arremetió su rocín contra la mujer, quien resbaló y cayó sobre el empedrado. Los cascos del pesado animal no la aplastaron por puro azar.

Un ribaldo, con la cara de borracho aún encendida por la excitación de la carnicería aunque crispada por la hesitación, se acercó al abad.

—Señor abad, señor abad... Es que estamos que no sabemos qué hacer. Mi cuadrilla y yo nos preguntamos...

² Utensilio empleado por carpinteros, ebanistas o toneleros, compuesto por una plancha de hierro muy larga y cortante insertada perpendicularmente en un mango.

³ Herramienta empleada en las minas y desmontes formada por un hierro en punta curvada enastado en un mango largo.

porque, claro, no somos unos asesinos... ¿cómo los reconocemos, a los infieles? Con la hoja de la espada en la garganta, todos juran y perjuran que son católicos devotos. Además, también hay mocosos y comadres. Dios no querrá que escabechemos a Sus fieles de verdad, digo yo. Solo están los judíos del barrio de la pequeña Jerusalén; esos se ve a la legua que no son los secuaces de Satán que buscamos... Vamos, al menos no ahora.

El fino rostro, delicado como el de una fémica, se inclinó hacia el hombre. Arnau Amalric apretó su pequeña boca en forma de corazón, y sus ojos negros, casi azu-
lados, se posaron sobre el ribaldo. Frunció el entrecejo como si no le comprendiera.

—¿Qué dices?

—Que no sabemos a quién matar, por la gloria de nuestro Señor. Además, se han amontonado todos en la iglesia de La Madeleine⁴... Después de todo, es un lugar santo...

Arnau Amalric suspiró con la boca abierta de par en par. Alzando el rostro hacia el cielo, ordenó con voz melosa:

—Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos⁵.

El abad de Cîteaux no lograba saber a ciencia cierta qué sentimiento se escondía en la mirada de aquella bestia inquieta. ¿Consternación, vergüenza o alivio por haber recibido una orden inequívoca que lo descargaba de cual-

⁴ Durante el asedio, en este templo fueron masacradas cerca de siete mil personas.

⁵ A este respecto, véase la nota del apéndice histórico sobre Arnau Amalric.

quier culpabilidad? El ribaldo desapareció echando a correr en dirección a la iglesia de La Madeleine.

El calor sofocante de la mañana. Los contornos difuminados del mundo real. Solo percibía una especie de algarabía, horadada de vez en cuando por un estridente alarido. Tenía la perturbadora sensación de haberse despojado de su envoltura carnal. De repente, pensó extrañado que las moscas habían abandonado el cuello de su corcel. Ya no había moscas. Sin embargo, un segundo antes, las inmundicias que atestaban los canales centrales de las calles las habían atraído de tal manera que incluso habían formado enjambres. ¿Dónde estaban ahora las moscas? La respuesta al misterio se le reveló de pronto: habían oído la sangre, allí, unos pasos más adelante. Allí, de donde provenía la algarabía horadada por alaridos. A no ser que dicha algarabía en realidad no fuera sino un cúmulo de alaridos indistintos.

Desembocó en el callejón que conducía directamente a la iglesia de La Madeleine, dejó las riendas de su caballo y sostuvo con ambas manos la alta cruz de orfebrería sin despegarla de su torso. Qué alivio poder ofrecer la paz, la salvación a todos: a las criaturas aún con vida apiñadas en la iglesia; a los agonizantes desangrándose sobre los escalones que ascendían hacia el pórtico central; a los muertos e incluso a los ribaldos bañados en escarlata de la cabeza a los pies, hasta tal punto que parecían desollados. El pecho teñido de rojo de los caballos que relinchaban, resoplaban y embestían. Las moscas agolpadas, legiones de ellas, sin duda todas las de la ciudad. El calor, la implacable tenaza del sol que desde lo alto parecía arrojar lenguas

de fuego a la Tierra. El olor denso, metálico y embriagador de la sangre fresca. La cabeza de una mujer voló por los aires y chocó contra la frente del caballo del abad. Un chorro bermellón cubrió el Cristo de plata de la pesada cruz.

—Descansa, hermana, descansa. Dios te acoge —murmuró Arnau Amalric—. Ve en paz. Ahora estás libre de la tentación y del mal.

Repitió la misma oración cientos de veces, o eso le pareció a él; luego se apeó de su montura y avanzó hacia la iglesia. En el interior resonaba la furia, la carnicería. De repente, al abad de Cîteaux le pareció imperioso girar la cruz, que el Cordero de Dios lacado de sangre no viera lo que Sus servidores, las débiles e imperfectas criaturas humanas de Su Padre, estaban cometiendo para llevar a Su rebaño de vuelta a Su seno. Tras fijar la mirada en el desgarrador semblante del Cristo de plata coronado de espinas, el abad cerró los ojos apenado. La sangre. La sangre que se deslizaba lentamente por la frente del Cordero mártir no era la Suya; era la de una criatura humana, la de mil criaturas humanas que acababan de entrar en Su reino.

«Padre, Tu hijo ha sufrido tanto para salvarnos a todos... Mira, Padre, conduzco hacia Ti a estas pobres almas ignorantes, engañadas por hábiles manipuladores a riesgo de condenarlas para la eternidad. Perdóname, Padre, pues mi única grandeza habrá sido servirte, humildemente, mas sin descanso. Por siempre».

Arnau Amalric, abad de Cîteaux, subió a duras penas los escalones que llevaban al pórtico, a la locura, los

gritos, los gemidos y estertores, blandiendo ante sí la alta cruz girada, rezando por la salvación de los presentes. Pese a su menuda estatura, a su silueta casi adolescente, se sentía lo suficientemente fuerte como para cargar el peso del mundo sobre sus hombros, por la gloria infinita de Dios. Franqueó los cadáveres y a los agonizantes, inclinándose sobre ellos, susurrándoles palabras de paz y ternura. Una mano ensangrentada le agarró el borde de la blanca túnica. Roja. Se arrodilló. Se trataba de un hombre de unos veinte años. Arnau aguzó el oído para escuchar las últimas palabras del moribundo. Un enorme tajo le atravesaba el abdomen, dejando al descubierto las vísceras.

—Malditos —consiguió mascullar el joven; entonces, un chorro de saliva rosácea resbaló por su mentón tiéndole los dientes.

—Estamos salvados, hermano, todos. Ten paz.

El odio exacerbado que se leía en aquellos ojos hirió al abad. Sin embargo, no sintió rencor hacia el hombre cuya cabeza se derrumbó al manar de sus labios un río de sangre. Ahora aquella pobre criatura conocería la Verdad. Ahora le estaría dando las gracias. Lo había protegido de lo peor, a él y a todos los demás.

Una joven, de delicados cabellos rubios, apelmazados por la sangre, se arrastraba por los peldaños intentando huir de la matanza. El corazón del abad de Cîteaux se encogió apesadumbrado. Pobre corderilla. Si se trataba de un alma pura, libre de la mácula infligida por las falacias heréticas, no merecía sufrir. Por el contrario, si su débil espíritu había sucumbido a las odiosas mentiras de los

perfectos⁶ cátaros, era preciso salvarla de inmediato. Llamó a un ribaldo que estaba limpiando la pegajosa hoja de su espada en las calzas de un muerto y le señaló a la mujer. El hombre se santiguó antes de poner fin a la vida de esta hundiéndolo el acero entre sus omóplatos.

La violencia se prolongó durante varias horas más. Toda una noche de carnicería. Al amanecer, reinaba un silencio sepulcral, atroz. Montañas de cadáveres se amontonaban en las esquinas de los callejones. El empedrado de las calles, las fachadas de las posadas, los escalones de las iglesias: todo estaba teñido de un carmín que se tornaba pardo. La flama avivaba el hedor que empezaba a despedir aquel gigantesco osario. Algunos ribaldos, borrachos como cubas, dormían la mona repanchingados en las esquinas de los inmuebles o acurrucados en los pórticos de las capillas. Otros, absortos, no despegaban la vista de las pilas de cadáveres, como preguntándose qué monstruosa fuerza había conseguido arrastrarlos hasta allí. Otros aún remolcaban por los pies a los últimos finados en la iglesia de La Madeleine.

La mirada de Arnau Amalric fue pasando de una escena a otra. Eran, en efecto, *escenas*. Las de una liberación, no cabía duda. Un hombre robusto se le acercó a paso lento; se trataba de uno de los cónsules de la ciudad. El rostro pálido como la luna, manchado de sangre. Como sus manos. Como el rico cendal⁷ color gris de su túnica.

⁶ Miembros de la Iglesia cátara que practicaban un estricto ascetismo (sexual, alimentario, etcétera).

⁷ Tela muy fina, transparente, de hilo o seda.

Con una voz grave y sorprendentemente plana, inquirió al abad:

—¿Por el amor de Dios? ¿Por el amor de Su Hijo, todo amor? ¿Por eso?

Sin tan siquiera elevar el tono, con la vista clavada en los ojos de un color negro abismal que le estaban escrutando, prosiguió:

—Maldita sea por toda la eternidad. Maldita sea la cruz que portas.

Arnau Amalric apretó el crucifijo contra sí, como si temiera que le fuera arrebatado. Por un fugaz momento se sintió turbado al notar la presión del largo Cristo de plata contra el torso. Durante un ínfimo instante, se fundieron en un solo ser.

El hombre giró sobre sus talones y se alejó pausadamente hasta desaparecer tras la esquina de una callejuela.

De regreso a su tienda de campaña personal, a las afueras de la ciudad, el abad se dejó caer de rodillas en el suelo de tierra batida cubierto por una amplia alfombra. Silencio, por primera vez en mucho tiempo. El silencio de aquel campo de batalla que todavía no había vuelto a la normalidad, pues los soldados aún continuaban con los saqueos, las borracheras o las oraciones implorando perdón.

Lleno de gratitud, besó el Cristo de plata recubierto de una pátina de sangre casi seca. Se limpió la boca con el dorso de la manga y observó la estela parduzca y viscosa que sus labios habían trazado en la lana de su túnica.

Un milagro, una serie de milagros que atestiguaban que, en efecto, se había cumplido la voluntad de Dios.

Por la mente de Arnau Amalric desfiló el recuerdo de los meses de espera, de incertidumbre. El escaso entusiasmo del rey de Francia, Felipe II Augusto⁸, por emprender aquella cruzada contra los albigenses. No fue sino el asesinato de Pierre de Castelnau, legado del Santo Padre, un año antes a manos de un caballero del círculo del conde Raymond VI de Toulouse, lo que acabó por convencer al soberano. De nuevo un milagro. Arnau Amalric no era estúpido. Sin duda, la fe había empujado a algunos de los señores del Norte; no obstante, la mayoría pretendía llevarse la parte del león y adueñarse de los feudos del Sur. Puesto sobre aviso, Raymond VI se había reconciliado recientemente con la Iglesia. Así pues, Raymond Roger de Trencavel, vizconde de Béziers y de Carcasona, presa menos dura de roer que el conde de Toulouse, fue acusado de promover la herejía en la región de Languedoc.

La población de Béziers y sus *capitouls*⁹ se negaron a entregar a los 223 herejes que, según el obispo, se refugiaban en la ciudad, prefiriendo «morir ahogados en el mar salado» antes que cometer tal infamia. Otro milagro, en el fondo. Si hubieran accedido a ello, el asedio de Béziers habría sido impensable.

Arnaud Amalric frunció la boca un tanto contrariado. ¡223 personas de una población de más de veinte mil,

⁸ 1165-1223, hijo único de Luis VII y de la reina Adela de Champaña. Abuelo de Luis IX el Santo.

⁹ Así llamaban a los cónsules en el sur de Francia, elegidos entre las familias de los notables «de buena reputación». Pese a estar sometidos por lo general a la autoridad señorial, se encargaban de organizar la vida de la ciudad y administrar la justicia civil.